

1-2001

Homilia: Vigilia de Oración Como Preparación Para la Canonización de Francisco Regis Clet, Rome, 30 de septiembre de 2000

Follow this and additional works at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana>



Part of the [Catholic Studies Commons](#), [Comparative Methodologies and Theories Commons](#), [History of Christianity Commons](#), [Liturgy and Worship Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

(2001) "Homilia: Vigilia de Oración Como Preparación Para la Canonización de Francisco Regis Clet, Rome, 30 de septiembre de 2000," *Vincentiana*: Vol. 45: No. 1, Article 26.

Available at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana/vol45/iss1/26>

This Article is brought to you for free and open access by the Vincentian Journals and Publications at Digital Commons@DePaul. It has been accepted for inclusion in Vincentiana by an authorized editor of Digital Commons@DePaul. For more information, please contact digitalservices@depaul.edu.

HOMILÍA

VIGILIA DE ORACIÓN COMO PREPARACIÓN PARA LA CANONIZACIÓN DE FRANCISCO REGIS CLET

Sábado, 30 de septiembre de 2000 Iglesia de San Joaquín, Roma, Italia

El año pasado visité Wuhan, la ciudad donde fue asesinado Francisco Regis Clet. Caminaba hacia el río en dirección a un lugar donde con razonable seguridad había tenido lugar su ejecución. Me movía muy cautelosamente porque me preocupaba la vigilancia. Para nosotros, que tenemos tanta libertad, todavía se nos hace difícil pensar que millones de católicos continúen viviendo en la clandestinidad y sufriendo por su fe en China continental. Me impresionaba profundamente pensar en Francisco Regis Clet, un hombre de 72 años, dirigiéndose tranquilamente hacia su muerte. Allí, al lado del río, fue atado a una cruz, estrangulado por tres veces seguidas y allí murió.

Clet fue un hombre extraordinario. Intentaré decirlos por qué.

1. En primer lugar, él fue una persona acabada, verdaderamente madura. Sus amigos lo describían desbordante de ternura y compasión. Vivió una vida larga y plena. Lo podéis imaginar asistiendo a los comienzos de la Revolución Francesa. Una violenta turba invadió la Casa Madre donde él estaba viviendo y destruyó todo. Por aquel entonces, era Director de novicios en París, hombre de talento, inteligente y amigable. Viendo que la Congregación estaba a punto de ser suprimida en Francia, se ofreció para ir a China y a las pocas semanas estaba de camino, sabiendo que nunca volvería a ver a quienes amaba.

Sus cartas desde China son estupendas. Éstas muestran su buen humor, el amor a su familia, su honda preocupación por la pobreza y la fe de las gentes de China a quienes servía. También muestran un millón de pequeñas preocupaciones que todos nosotros podemos entender. Detestaba ser superior. Necesitaba aceite para la unción de los enfermos, velas y vino para la Misa. Pidió un reloj que marcara bien la hora. A veces no tenía dinero. Se queja de que sus cartas y las de otras se hayan perdido. Se lamenta de la violenta revolución que estaba teniendo lugar en Francia.

Su cohermanos y la gente de China querían mucho a Francisco Regis Clet. Igualmente, es evidente que el mandarín que presidió su último juicio le admiraba mucho. De hecho, propuso que Clet no fuera ejecutado. Pero el emperador tomó una decisión distinta.

2. Confiaba profundamente en la providencia de Dios. Cuando llegó a China escribió: “Creo que estoy siguiendo la voluntad de la providencia”. Durante los años que vivió allí, dice a sus amigos: “Debemos adorar a la providencia en los buenos y en malos momentos”. Incluso en la cárcel, ve la mano en todas las cosas. Y escribiendo a sus cohermanos les recuerda lo importante que era para

San Vicente confiar en la divina providencia. Dice que debemos seguirla en todo. Me parece que éste fue el secreto de su santidad: Clet encontró sentido a la vida porque fue capaz de hallar a Dios en todos los acontecimientos de la existencia. En esto precisamente consiste la confianza en la providencia. Es la virtud que da significado, que encuentra sentido en la abundancia y la pobreza, en la luz y la oscuridad, en el amor y el odio, la gracia y el pecado, el orden y los trastornos, la paz y la violencia, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte.

3. Clet muestra una insólita paz ante la muerte. Meses antes del final, se dio cuenta de que un gran huracán le estaba envolviendo y que pronto lo conduciría a la muerte. Tras su detención, pasó por 27 cárceles diferentes. Fue golpeado y obligado a arrodillarse encadenado durante varias horas. Estaba sucio, hambriento, vestido de harapos y lleno de pulgas cuando llegó a Wuhan. Pero también aquí, decía, actuaba la providencia. Era tan pobre y estaba tan sucio que los carceleros de un lugar se negaron a recibirlo y fue enviado a otro donde encontró amigos sacerdotes y a un grupo de cristianos. Dijo a todos que sus últimos meses en la cárcel habían sido relativamente agradables –mucho mejor, dice, que en las cárceles francesas– y allí espero pacíficamente la muerte. Durante este período, escribió a sus amigos: “Para mí, vivir es Cristo y morir es una ganancia”. En la última carta que escribió, dirigida a su superior, concluye con sencillez: “Éste es probablemente el último signo de vida que verás de mí”. Después, se encaminó a su ejecución.

Hermanos y hermanas, los santos hacen realidad para nosotros lo que es la santidad. La realizan en concreto. En ellos, la santidad es una realidad viva. Sus vidas no son libros de teología abstracta, ni manuales de seca espiritualidad. Son algo real. Os animo en el día de hoy a regocijaos, y por supuesto, a aprender de este hombre extraordinario. Fue una persona íntegra, llena de ternura y compasión. En su vida, confió profundamente en la providencia de Dios y, conduciéndole Dios en su camino, caminó pacíficamente hacia su muerte. ¿Necesitamos aprender sobre la vida una cosa mejor que esta? Si Francisco Regis Clet puede enseñarnos estas lecciones, su martirio no habrá sido en vano.

Robert P. Maloney, C.M.